

ARCHETTI, EDUARDO
 "EL POTRERO, LA PISTA Y
 EL RING. LAS PATRIAS
 DEL DEPORTE ARGENTINO"

DP. ~~XXXXXXXXXX~~
 97-114

CENTRO DE ESTUDANTES FPYCOS	
Nº CARR. 50	SE.
FOLIO 2	DE 4
AGRUPACION RODOLFO WALSH	

lo.
na
l:
a
a-

Boxeo: los puños de la nación

Bioy Casares recuerda cómo, en una madrugada de 1923, esperó ansiosamente los diarios, para enterarse "con incredulidad y desolación de que Luis Ángel Firpo había sido derrotado por Jack Dempsey, por el título de campeón del mundo, en Polo Grounds, en Nueva York" y agrega que "en *La vuelta al día en ochenta mundos*, Cortázar cuenta que también para él esa derrota fue dolorosa" (1994: 29). Desde la fundación en 1908 del Boxing Club Buenos Aires, primer club de boxeo de la Argentina, hasta 1924 habían pasado casi dos décadas y su práctica, originalmente aristocrática, se había popularizado. Sin embargo, para que esto ocurriera el boxeo tuvo que superar muchos prejuicios (Viale 1950:55). En Buenos Aires la prohibición del boxeo por parte de las autoridades municipales duró hasta 1924. Esto no impedía la práctica en clubes, las peleas clandestinas y la organización excepcional de exhibiciones autorizadas como, por ejemplo, durante la visita en 1915 del campeón mundial de peso pesado Jack Johnson. El boxeo, sin

embargo, vivía su vida propia en las ciudades de Avellaneda y Barracas en donde era permitido. El Internacional Boxing Club, fundado en Buenos Aires en 1913 por jóvenes socialistas, fue el primer semillero de grandes boxeadores ya que de allí surgieron Luis Ángel Firpo, Gustavo Leneve, Luis Galtieri y Horacio Lavalle, los primeros grandes boxeadores argentinos de comienzos de siglo (*El Gráfico* 1941, 148: 25). En 1922 estaba ya fundada la Federación Argentina de Box y el boxeo se practicaba con gran intensidad en muchas provincias.

La década del veinte fue, sin lugar a dudas, la época heroica del box y el rol de Firpo, determinante. Nacido en Junín en 1894 comenzó a frecuentar el Internacional en 1914 haciendo algunas exhibiciones con boxeadores extranjeros en 1917. Su carrera boxística comenzó en 1917 en Uruguay y siguió en 1918 en Chile en donde la práctica del boxeo tenía un gran auge. En 1922 se fue a Estados Unidos donde ganó tres peleas y, rápidamente, se convirtió en un ídolo nacional. En 1923, en su segunda gira a Estados Unidos, ganó diez peleas y perdió en la pelea por el título mundial contra Dempsey. Siguió su campaña en 1924 peleando en Estados Unidos y en la Argentina y se retiró por primera vez en 1926. De manera inexplicable regresa en 1936, gana dos peleas y en la tercera es vapuleado por un talentoso boxeador chileno, Arturo Godoy. Firpo pertenece a la estirpe de deportistas argentinos que

sabían que el triunfo no solo se medía localmente. El boxeo argentino era evidentemente inferior al de Estados Unidos, verdadera Meca de ese deporte durante ese período y hasta la actualidad. Su primer viaje lo hizo solo, sin ningún tipo de apoyo, en una suerte de aventura impredecible ya que era un desconocido, pese a tener los títulos de campeón argentino y sudamericano. El haber llegado a pelear con tres campeones mundiales y haber disputado el título mundial fue una demostración no solo de su capacidad sino de las potencialidades que había en el país. Por su influencia, el boxeo fue legalizado en Buenos Aires y en el resto del país en 1924. Extremadamente individualista nunca tuvo "ni consejeros, ni instructores físicos de ninguna naturaleza" y manejó su carrera con gran decisión e independencia (*El Gráfico* 1941, 1149: 29). Siempre sostuvo, pese a que se le conocía por su gran golpe y su tremenda fuerza física, que la base principal de triunfo no es el golpe, aunque sea un factor importante. Para Firpo lo "imprescindible es la inteligencia y la intuición, porque el peleador en el ring debe estar continuamente mirando el pecho del adversario, y de acuerdo con el movimiento que hace, descubrirle la intuición" (*El Gráfico* 1941, 1148: 35). El hecho de haber sido bautizado como "El Toro Salvaje de las Pampas" tenía que ver con el imaginario europeo y americano de la época. Este imaginario convertía en exóticos no solo a los boxeadores sino a los po-

listas e incluso a los bailarines y cantantes de tango que debían presentarse vestidos de gauchos (Archetti 1999).

En 1930 y 1931, el camino de Firpo en Estados Unidos fue seguido por Justo Suárez, nacido en el barrio de Mataderos. En su primer viaje hizo una brillante campaña pero no en el segundo y cayó derrotado por Billy Petrolle en una pelea en la que fue castigado sin piedad. Su decadencia fue imparable. Suárez fue, sin lugar a dudas, el primer boxeador que atrajo a multitudes y ayudó a consolidar la popularidad del boxeo profesional y aumentar su atractivo económico (*El Gráfico* 1941, 1153: 46). Es una paradoja que el estadio Luna Park, que se convirtió en la catedral del boxeo profesional en la Argentina, haya auspiciado, una semana después de su inauguración el 12 marzo de 1932, la pelea entre Suárez y Peralta. Peralta ganó la pelea y se convirtió en campeón argentino destronando "al boxeador del pueblo" (Cherquis Bialo 1999: 48). El imaginario creado con Firpo había cristalizado y las metáforas pampeanas y animales fueron heredadas por Suárez que fue llamado "El Torito de Mataderos". El diminutivo se correspondía con la categoría en la que combatía, mientras que Firpo era pesado, Suárez era liviano. Muchos años después, y otra vez en Estados Unidos, el peso pesado Lavorante muere trágicamente en 1964 luego de dos años de estar en coma: se convirtió en "El Novillo Salvaje" (Fernández Moóres 1992: 32).

En la década del veinte el deporte aficionado se organiza a nivel nacional y los campeonatos nacionales reunían a numerosos boxeadores. Desde 1924 hasta 1952 la participación argentina en los Juegos Olímpicos siempre se salda con medallas: un total de 7 de oro, 7 de plata y 6 de bronce que convertían a la Argentina en una de las potencias mundiales en el box. En 1928 en Amsterdam se consiguieron las dos primeras medallas de oro, una para Víctor Avendaño y la otra para Arturo Rodríguez Jurado. Estos dos boxeadores representan, de alguna manera, el ambiente de boxeo de esa época en donde todavía era posible encontrar alguien que venía de medios populares como Avendaño con otro que venía de familias acomodadas como Rodríguez Jurado. Rodríguez Jurado se recibió de ingeniero agrónomo y practicó junto al boxeo el rugby, en el que descolló en el Club Atlético San Isidro, posteriormente en San Isidro Club y en la selección nacional. Excelente boxeador de peso pesado se caracterizaba por su fuerza, su coraje y su obstinación. Pudo haber seguido el camino de Firpo pero para él el deporte no debía ser profesional (*El Gráfico* 1945, 1365: 23).

En la década siguiente, con la expansión de la práctica del boxeo y su creciente popularidad, boxeadores como Rodríguez Jurado no eran una excepción sino que habían desaparecido de los cuadriláteros del país. Gran parte del reclutamiento, además, se hacía en las provincias y en el

interior de la provincia de Buenos Aires. Provincias como Córdoba, Santa Fe y Mendoza produjeron grandes boxeadores. El primer campeón mundial profesional de boxeo fue el mendocino Pascual Pérez, que ganó el título en 1954. Antes —en 1948—, había sido campeón olímpico aficionado. Pérez puede considerarse un producto de la escuela mendocina en donde primaba un “notable sentido de tiempo y distancia, sincronizados en su perfección”, acompañado por una “gran velocidad”. Boxeaba “sin perder la línea” y se defendía a la perfección como “un gran estilista” (*El Gráfico* 1948, 1520: 43). Nicolino Locche, el tercer campeón mundial argentino al ganar su título en 1968, siguió con esa tradición. Sus prodigiosos movimientos de cintura y la agudeza de su vista lo llevaron a ganarse el apodo de “El intocable”, ya que sus precisos esquives hacían casi imposible que lo golpearan. Estábamos ya lejos del imaginario de los animales salvajes de la pampa. El inicio de Firpo y Suárez y los éxitos olímpicos habían permitido, una vez más, convertir una práctica deportiva local en un trampolín internacional. No eran solamente los polistas y sus caballos, ni los pilotos y sus máquinas, esta vez se trataba de solitarios deportistas que se transformaban, ocasionalmente, en los “puños de la nación”. No solo la fuerza y el coraje descarnado sino también la técnica sofisticada, el hecho de no ser golpeado, fue la marca de muchos de los más grandes boxeadores argentinos.

El boxeo fue también una avenida para la movilidad social pero esta vez no solo para los hijos de inmigrantes que poblaban la pampa sino, fundamentalmente, para los pobres de las grandes ciudades, una realidad social muy parecida a la de los grandes boxeadores norteamericanos. Amílcar Brusa, el mítico manager de Carlos Monzón y tantos otros grandes boxeadores santafesinos, define la producción de grandes boxeadores argentinos de la siguiente manera:

a mis boxeadores no voy a buscarlos a colegios religiosos ni a la universidad. Es lógico, el boxeo es un deporte cuya esencia es la agresión y es en los barrios de gente menos pudiente, sin recursos, donde los chicos lamentablemente crecen en un clima cargado de agresividad... Por eso, en un medio cargado de injusticia, donde los pibes se acostumbran desde temprano a conocer una sola cara de la vida, la mala, la tristeza, el odio, la miseria, es natural que se vayan vacunando. Se habitúan desde el nacimiento a ser desconfiados, temerosos, a defenderse permanentemente. (Monzón 1976: 45-6)

La figura emblemática de José María Gatica, “un lustrabotas pendenciero”, sintetiza el ascenso social de un inmigrante del interior, nacido en San Luis, que, desde la pobreza extrema, se convierte en uno de los grandes ídolos deportivos argentinos. Su debut profesional fue en diciembre de 1945 y su carrera se prolongó hasta 1956 o sea

que coincidió totalmente con los gobiernos peronistas. Su biografía nos confronta con tres ejes importantes. El primero, su identificación política visceral con el peronismo y su devoción confesada por el presidente Perón y Evita Perón, recíproca, por lo menos, hasta 1951. Esto reforzó la afinidad existente entre los sectores populares y su personalidad desbordante y carismática. Su estilo de boxeo contundente, agresivo, valiente y espectacular contribuía a su celebridad. Se decía que, en sus peleas en el Luna Park, los espectadores de la tribuna popular iban a verlo ganar y los del *ring-side*, supuestamente antiperonistas, perder. Gatica tenía la virtud de hacer visibles las divisiones políticas que existían en el país. El boxeo era política y, mejor aún, política simbólica. El segundo, las duras peleas con Prada, otro gran boxeador del interior, que pese a él pasó a ser identificado con la oposición a Perón. Los duelos Gatica-Prada fueron de una gran intensidad dramática y la rivalidad existente desde la época de aficionados se trasladó al mundo profesional. En total pelearon seis veces y cada uno ganó tres. Entre la primera y la última pelea transcurrieron once años (*La Razón* 3-12-1978: 18). El tercero, es su intento de hacer carrera en Estados Unidos como los otros grandes boxeadores del pasado. Sus extraordinarias condiciones y el apoyo explícito del gobierno lo animaron a tentar suerte en Estados Unidos en 1951. Se impuso en forma terminante a Terry Young en su primera pelea,

pero en el combate contra Ike Williams, campeón mundial de su categoría fue derrotado de manera contundente y humillante. Gatica fue, también, un par de puños al servicio de la gloria de la nación. Su fracaso terminante y sus extravagancias aceleraron su decadencia. Murió en la pobreza y el abandono en un absurdo accidente de tránsito a los 38 años.

Luego del triunfo de Pascual Pérez en 1954 pasaron doce años hasta tener un nuevo campeón mundial. En 1966, en la misma categoría mosca, Horacio Accavallo gana el título mundial en Tokio. Como Gatica, su niñez y juventud estuvieron signadas por la pobreza. Fue botellero, lustrabotas, canillita, payaso y hasta fakir de un circo de tercera categoría. Se hizo profesional a los 22 años y recién a los 31 tuvo la oportunidad de pelear por el título mundial. Técnico para defenderse y aguerrido para atacar, su carrera deportiva transcurrió en medio de muchos sacrificios y cuando le llegó el éxito supo conservar una gran humildad. Al recordar la noche de su consagración como campeón mundial Accavallo dijo:

Me acordé de la marcha de San Lorenzo que me había acompañado desde el vestuario hasta el ring, de mi vida en el circo, de mis amigos. Cuando el árbitro Pope me levantó la mano sentí que empezaba para mí una vida distinta. Era —un poco— como si de pronto aquel ex ci-

ruja de Valentín Alsina se hubiese convertido mágicamente en un verdadero Rey. (*El Gráfico* 1974, 2844: 16)

Se retiró luego de defender la corona mundial tres veces para dedicarse exitosamente a la actividad comercial. Su vida estaba en las antípodas de Gatica y demostraba que el ciclo de la pobreza no era inmutable y podía romperse.

Carlos Monzón al ganarle al campeón Nino Benvenuti en Roma en 1970 se convirtió en el cuarto campeón mundial argentino, el primero en peso mediano. Su origen fue también muy humilde. Confesó que no se hizo boxeador por casualidad ya que el boxeo "es igual que la vida y empecé a boxear porque tenía que vivir. Se necesitaban las mismas cosas: saber defenderse, saber atacar, estar siempre atento, luchar, sentir y hasta tener la grandeza de saber recibir un cachetazo" (Monzón 1976: 191). Su ídolo había sido Gatica, ya que representaba un pasado pobre y la posibilidad de la fama y la riqueza, aunque esta fuera transitoria. El boxeo iba a ser la única manera de ganarle a la pobreza. Se forjó como boxeador en el gimnasio del club Unión de Santa Fe mientras trabajaba como canillita, lustrabotas, repartidor de leche y verdulero (De Marinis 1974: 159). Se hizo profesional en 1963 y su récord a su retiro era impresionante: 99 combates con 86 victorias (61 por nocaut), 10 empates y 3 derrotas. Fue campeón mundial durante ocho años y se retiró invicto, defendiendo su título 14 veces. Monzón,

sin lugar a dudas, es el campeón argentino más exitoso y sus defensas del título frente a grandes boxeadores norteamericanos, como Emile Griffith o Benny Briscoe, franceses, como Jean-Claude Bouttier y Gratien Tonna, y sudamericanos, como el cubano, nacionalizado mexicano, José "Mantequilla" Nápoles, y el colombiano Rodrigo Valdez, son legendarias. Tuvo dificultades para ser aceptado en el país, ya que su estilo de boxeo "frío" no convencía ni a los expertos ni al público. En Europa, al contrario, en donde hizo once de sus peleas por el título mundial, era admirado. Alain Delon, que organizara dos de sus defensas, lo definía, a la vez, "como un toro bravo, como un hombre y un animal" y pensaba que era el prototipo del macho argentino y de la "perfección viril". Tenía, según él, una "dimensión misteriosa e inexplicable" que lo dotaba de un aura de vencedor nato (Pessar 1975: 1). Su personalidad tenía un alto "contenido dramático" y Delon eligió para su salida al ring en su pelea contra Nápoles el tango *Silencio* cantado por Gardel porque era apropiado, "una música espectacular, igualmente grande, impactante" (Monzón 1976: 164) según el actor y, seguramente también, porque su letra aludía al sufrimiento de las madres francesas durante la Gran Guerra.

Este dramatismo espectacular fue, evidentemente, lo que había sentido Nino Benvenuti, el hermoso italiano que había destronado a Emile Griffith, aquella noche del 7 de noviembre de 1970

en Roma cuando Monzón lo despojó de su corona al ponerlo nocaut en el duodécimo round. Monzón relata que el hecho de que el manager de Benvenuti lo definiera como "impasible, con una impasibilidad digna de otro planeta" y como "frío y casi inhumano" tuvo sus efectos. Benvenuti no podía soportar la mirada de Monzón y para inmunizarse había tapizado su cuarto de hotel con una docena de fotos en donde esa "mirada impresionante" aparecía del modo más nítido y amenazante (Pessar 1975: 161). La pelea fue presentada como un encuentro entre el "bello y civilizado" europeo contra la "bestia", casi indígena, que venía de las pampas. Monzón confesaría, años después, que en el cuadrilátero no tenía piedad porque el hombre que estaba enfrente intentaba sacarle lo que era suyo, y al defenderse una rabia ancestral le salía desde el fondo de su cuerpo. Ese sentimiento se transformaba en un odio profundo al adversario, y en sus peleas solo quería destruir a su oponente (Pessar 1975: 195). Benvenuti al salir al ring se dio cuenta de "que el hombre con el que iba a pelear no era un adversario sino un enemigo salvaje y despiadado" (Monzón 1976:138). Seis años después Benvenuti confesaría que en ese esa pelea se encontró con "un atleta imprevisible, con un hombre de una potencia y una ferocidad tales que nunca supuse que podía llegar a existir" (Monzón 1976:149).

Nunca antes puños argentinos fueron tan eficaces. Fue un boxeador de gran frialdad, especu-

lativo, cerebral, fuerte, valiente, persistente y con una demoledora pegada. Era tanta la fuerza de sus puños que tenía sus manos rotas, sufría muchísimo de las cápsulas metacarpianas, y solo podía pelear infiltrado con novocaína, totalmente anestesiado. Julio Córdazar escribió uno de sus mejores cuentos (*La Noche de Mantequilla*) en el que la pelea entre Monzón y Nápoles permite reflexiones sobre el boxeo, en general, y sobre el estilo de Monzón. No solo fue un ídolo deportivo sino que su romance escandaloso con Susana Giménez, una de las actrices más famosas argentinas, y su participación como actor en cinco películas acrecentó su fama como miembro del mundo del espectáculo en la Argentina. Para Monzón la riqueza y la fama no bastaron. Su "historia de amor" con Susana Giménez fue el momento culminante de su ascenso social y simbólico. Monzón confesó que en su primera visita a la casa de la actriz casi se muere ante tanta elegancia: "sillones tapizados en telas brillosas, cuadros y retratos de ella, alfombras que dan la sensación de pisar sobre nubes, un balcón enorme, lleno de plantas y faroles... todo de gran gusto" (Monzón 1976:171). Ese amor no fue, sin embargo, duradero y desde la ruptura Monzón no fue el mismo. Diría que el éxito no lo dejó ser él mismo. Su vida se complicó: acusado de la muerte de su segunda esposa, fue condenado en 1989 a 11 años de prisión. En uno de los permisos que había conseguido por buena conducta perdió la

vida al volcar el auto que conducía mientras regresaba al penal de Santa Fe en donde purgaba su pena. El fin de su vida era, de ese modo trágico, una parábola de la vida del "Mono" Gatica, su ídolo durante su niñez. El país perdía uno de sus héroes más impresionantes y exitosos. Amílcar Brusa, su manager de siempre y de origen italiano, dijo que "Carlos reivindica a todos los nativos, a los criollos de los que mucha gente sostiene que no tienen capacidad de sacrificio" (Monzón 1976: 47). Los cuerpos criollos en el boxeo, según Brusa, no solo expresan agresividad, valor y coraje, sino también disciplina y un profundo sacrificio. Monzón le dio la razón ya que siempre pensó que su vida como boxeador fue un sacrificio constante hasta que dejó los guantes.

Desde 1914 hasta 1990 la Argentina tuvo trece campeones mundiales profesionales, algunos de ellos grandes figuras como Víctor Galíndez y Santos Lacia. La participación, con gran éxito, en los Juegos Olímpicos, como he señalado anteriormente, marcaron la temprana internacionalización del boxeo. Quizás es una paradoja que los éxitos en el boxeo aficionado se hicieron más escasos en la medida en que éstos aumentaban en el mundo profesional. A partir de 1956 y hasta 1996, la Argentina solo consiguió cinco medallas de bronce en diez Olimpíadas, una cosecha bien magra comparada con la de los inicios. En la con-

solidación del deporte profesional, el estadio del Luna Park, fundado en 1932 y, sobre todo, la visión empresarial de Tito Lectoure, en su dirección a partir de 1956, fueron factores importantes. Buenos Aires fue una plaza económica importante, atraía a grandes boxeadores extranjeros y permitió que los mejores boxeadores nacionales se midieran con ellos (Manrique Zago 1999). En 1987 se decidió suspender la actividad pugilística y comenzó su transformación de estadio deportivo a estadio múltiple. La "muerte boxística" del Luna Park puede verse como un símbolo de la transformación del boxeo argentino en un deporte cada vez más marginal. Es como si la Nación no necesitara, de una manera más o menos permanente, de los puños criollos y del interior.